OFICIO DE REQUIEM

Mediodía

Si pudiera encerrar en una sola palabra la quietud del aire, el sol entibiando la tierra, los rojizos tejados, los árboles inmóviles rodeados de humo espeso y blanco, el cielo impenetrable donde se pierde el humo; si pudiera transmutarme en acorde perpetuo y rescatar para siempre el torrente fugitivo de mi sangre en un instante de gloria, puro y limpio, con toda la eternidad adentro; desoír el murmullo cotidiano y abrirme al susurro de la brisa sobre el pasto; olvidar la tarde, que acecha, y el quejido del mar, invisible, y la noche, llena de sobresaltos y sueños de angustia, y ese mismo humo nacido entre los árboles, humo de la disipación y del cielo perdido, mientras vuelan por el jardín las risas de mis hijos y canta la liturgia matinal de la vida; mientras el mediodía de otoño templado golpea allá abajo en la ventana de la pared en sombras, por donde una luz mortecina alumbra las fotografías viejas, amarillentas, han pasado muchos años sobre aquel rincón de las sierras y aquella casita entre los eucaliptos, tienen muchos años los ojos que miran las fotografías, y las manos que las guardan amorosamente en una gruesa carpeta, y el corazón desengañado y deseoso que habrá de verlas otro día, y volver al tiempo muerto.

El siervo abandonado

Porque está abandonado; porque van y vienen sombras silenciosas; porque ya su mano dormida, apenas tibia, no siente la mano que le tiende mi madre; porque su agonía es como la de todos, cerrados los ojos, ardua la respiración, el tubo de oxígeno como un bulto inútil, la palidez de su frente, la ceniza de sus cabellos, la albura de las sábanas; y los rezos, murmullo continuo porque un hombre muere, abandonado y solitario, mientras el sacerdote junto a su cama lee las salmodias latinas; y graves siluetas, entre las que está mi padre, discurren impotentes; y

yo sigo inmóvil, olvidado de mí, en un ángulo de aquella pieza de altas paredes pintadas a la cal, suelo de tablas, ventana con derruidos postigos; y la pobreza de la vieja casa quinta me habla del sacrificio de los siervos de Dios, de la ancianidad de los siervos, que llegaron a este mundo desposeídos de todo, que vivieron desposeídos de todo, que sin nada se van de este mundo, que agonizan en silencio, infinitamente solos, como este siervo abandonado.

El hombre lejano

Era ese muchacho de la marchita fotografía, de rodillas en el campo, la cara hacia el poniente, las manos juntas para la oración. Eran esos ojos entrevistos en la borrosa imagen, contemplando un horizonte y un cielo también borrosos, un punto perdido en el campo. Era aquella presencia fugaz una tarde, durante el ardiente verano en Colón, cuando relucía la cruz pectoral, y se inclinaba para besarme, y sonreía, y se iba después, y no volvía a verlo por muchos años. Era la figura ornamentada que subía al altar, entre el perfume del incienso y el misterio renovado del pan y del vino. Era el sacerdote aquel, ya trabajado por los rigores del ministerio, que bendijo el sueño de mi hijito, en sus primeros días. Era el enfermo y el postrado, y el desvarío de las últimas horas, y la agonía que estaba ante mí, y la ausencia hecha de parvas memorias, y el hombre lejano que ahora volvía para enseñarme a morir.

El cordero

Había visto cómo lo perseguían en el corral de tierra removida, de estiércol y de luz polvorienta; los brazos sudados y gozosos que lo volteaban; las manos tostadas y ásperas que se prendían del vellón sucio, con abrojos y manchas de barro; había visto la celeridad de la soga serpeando por su pescuezo y sus ijares, y la crueldad de arrastrarlo hasta el árbol aquel, con su inocente miedo a cuestas; había visto el ajetreo en la casa entre los eucaliptos, y en el patio de tierra, y junto al horno donde mi abuela cocía un pan esponjoso, aromado, del color de la crema y de la grosura de la leche; la fatiga de los perros y sus gañidos nerviosos, y la paciencia de los gatos aguardando no sabía qué junto a una tina. Había visto una incomprensible indiferencia en los gestos de Antonio, cuya destreza de jinete y leñador, de pastor y carpintero, se crecía ante la desnuda sensibilidad de mis seis años, y en mi madre y en mi padre, jóvenes aún, que iban y venían, que cebaban un mate

interminable, el mate de la tarde y del crepúsculo, el preámbulo tibio de la cena, en la que la carne del cordero, vivo todavía, atado ya de una pata trasera con el tiento, levantado en vilo, colgado cabeza abajo, alegraría la noche de asaduras y costillitas tiernas y riñoncito craso y delicioso.

Pero para llegar a la noche había que pasar por el relámpago del cuchillo, por la certeza del tajo, por la sangre cayendo en la tina, y el estertor, y el descuartizamiento. Había que esperar el horror de la muerte, el tiempo de la agonía, un tiempo lento y goteante, un tiempo de soledad, de dura y real soledad que no podré olvidar. Porque no había visto yo el tajo, ni la sangre, ni el dilatado morir del corderito. Al desnudarse el cuchillo hui, y entré en la casa, que estaba desierta y en sosiego. Lejos de las ventanas, a las que odiaba, decidí no oír, porque temía el grito de la muerte, que no habría de llegar. No había visto, pero imaginaba, y el cuchillo, la sangre y la crueldad se agigantaban y pesaban sobre mí en la quietud de la casa. Y el campo fue entonces una vasta soledad hostil, y las paredes ya no me defendieron, y empecé a comprender que no había refugios, y que el miedo crecía dentro de mí y se expandía, y se convertía en vergüenza, y se hacía mi dueño, y temí a mi propio temor, y lo sentí capaz de cubrir el campo entero y el hondo silencio sostenido por el balar de alguna oveja en la tarde.

Oración

Como un rumor de vertedero brotan los rezos en la madrugada. Los rezos ante el muerto. La negrura de la sotana, triste; la púrpura del solideo, en la envejecida cabeza blanca; la cruz de madera, la que él quería, tallada con sencillez, sobre el pecho inmóvil; la pobreza, ya para siempre suya.

Son rezos en voz baja, sin principio ni fin. Letanías, súplicas, conjuros, ¿qué puedo hacer aquí, que he olvidado tantas cosas? ¿Cuándo había muerto, desde cuándo estaba en agonía, y afuera las calles seguían trajinadas de vida, de pasiones y de sol? ¿En qué momento había terminado todo para él? El tubo de oxígeno ya está en un rincón, la lectura del sacerdote cesó, alguien llora con un llanto contenido y dulce. Unos segundos antes había vida; el pecho subía y bajaba suavemente; parecía el dormir de un hombre cansado. Un momento después está muerto. ¿Cómo es eso posible? Una atracción sin dolor, pero vertiginosa, me retiene junto a su cama. Lo había visto morir: nada ha cambiado. La muerte había sido un soplo; menos aún, un punto, y ni siquiera un

punto. ¿Qué ha empezado para él? No puedo rezar, ni hablar, ni moverme. Es todo tan natural, sin embargo. Una vida larga, trabajada; un vivir de consagración, de vocación acogida en todas sus exigencias, cumplido. Es natural, sin duda, pero incomprensible. Delante de mis ojos he visto morir a este siervo de Dios, al hermano de mi padre, y hacerse lejanísimo, y definitivamente otro. Delante de mis ojos, y no puedo entender cómo tan iguales parecen las dos orillas, tan fácil de pasar aquel puente.

La oración que no dije, que tal vez no puedo decir; la palabra viva que me nazca como fuente; la ruptura de este hielo, dura capa bajo la cual no sé qué hay; el fuego de la purificación, en el que pienso con secreta desesperanza; la memoria de un tiempo que debió ser mío, y que ahora no reconozco, porque no soy capaz de creer que alguien en mí haya rezado; las raíces hundidas en el misterio de Belén, fresco como una madrugada, y el suplicio del Calvario, que me sobrepasa todavía; los caminos seguros para llegar hasta donde quisiera llegar, aunque no hubiese caminos; la impavidez de la costumbre y el escrúpulo de la sinceridad; la infinita distancia que me separa de la sencillez; la fuerza del corazón para jugarse sin razones, sólo porque es bueno y justo; el temor inconcebible de los altares vacíos; la repugnancia de orar como un autómata, y de caer en la trampa de la repetición; la certeza de sufrir por un miembro amputado, que sigue doliendo; de estar cegado, buscando a tientas; de no hallar la clave de la adoración, ni la magia inocente que haga fluir otra vez lo que sobrellevo estancado, humillado, como en una historia de mutilación y desvarío; la oración que no dije en el tiempo de los muertos, ¿habrá de reducirse a sombras de remordimientos, a míseras tentativas de evocación?

La lechuza

Serena la noche, inmóvil la arboleda, guarecido en silencio el campo, callada la casita con techo de cinc y los galpones de barro y totora. De golpe, aquel chistido, como si la noche entera se hubiese llenado de amenazas, abatida sobre mí, golpeándome con aleteo siniestro. Grité, llamé a mi madre, pregunté quién había entre los eucaliptos, lloré agobiado por el terror que ultrajaba mi sueño y esperé temblando que mi abuela y mi padre, guiados por el farol de Antonio, recorriesen el patio bajo los árboles y volviesen asegurándome que había volado ya la lechuza y que nunca se acercaría.

Demoré en dormirme, replegado en mi miedo, abochornado por las risas y recelando el retorno de la lechuza. La imaginé revoloteando

sin ruido, buscando una grieta en la casita, creciendo en la oscuridad a favor del sueño de mis padres. Admiré a mi abuela, por las muchas noches de los muchos años que había soportado sola aquel chistido. Antonio, su mujer y sus hijos dormían en la casa vieja, junto al galpón de la cocina a leña, humosa y negra. Pero mi abuela siempre dormía sola en su casita nueva, y tenía pura la conciencia y el dormir tranquilo, de mansa vejez, sin chistidos de lechuzas. Yo seguía aquel vuelo a ras de un campo lleno de ovejas muertas, cuyo hedor había impregnado mi tarde. No podía olvidar la fuerza de ese olor entrándome en los pulmones y grabando en mi cabeza las rigideces hinchadas y la quietud aterradora de las carroñas. Hora tras hora durante la noche me asaltaban las imágenes de las osamentas asomando por los desgarrones de la piel, tensa y negruzca. Y estaba seguro que si oía de nuevo a la lechuza, ya no habrían de separarse de mi memoria las ovejas muertas, ni los huesos blanqueando a la luz dudosa del atardecer, ni el miedo alojado en mi corazón de seis años, un miedo inexplicable y vigilante, como ese primer chistido quebrando la calma nocturna, tan humano.

Navidad

Era diciembre en Colón, lleno de clamores, soles interminables, penumbras adorantes en la siesta, jazmines y pétalos amigos. Navidad en Colón y en la infancia, tiempo sacralizado, pastores nuevecitos, y la casa entera había cambiado. Había regalos, pero ya no quedan; había nueces, y duraznos, y panes con azúcar y almendras, pero los sabores también pasaron. Había un perfume a jazmín intenso, y todos los perfumes que vinieron después buscan el perfume primero. Pero la aguda sensación de un tiempo distinto no pasó. Allí está la Navidad todavía, incrustada en un tiempo que corre desbocado, gris y tumultuoso, de azares y vida perdida, de aturdimiento y brumas, tiempo de ahora en el que nada celebro, días amontonados, mañanas en las que no sé esperar, noches que nada traen, salvo un sueño mineral, o el lamento del mar, o la luz de la luna, tan ajena; mediodías vacíos, llenos sólo de ese humo que sigue subiendo y disipándose en el cielo, mientras mi padre mira a escondidas las fotografías donde está encerrado su tiempo, su pudorosa tristeza por lo que nunca más verá, las borrosas imágenes de su infancia y su madre joven en la casita junto a los eucaliptos, la dispersa madrugada de su corazón, el paraíso que nadie habrá de devolverle, su refugio furtivo y mi Navidad en Colón, el secreto de todos los corazones, la búsqueda inútil de la comprensión, el humilde ruego.

Danza

Leones silenciosos y grises han sitiado mi casa. No habrá luces dentro y las ventanas estarán entreabiertas. No sé qué harán conmigo los leones. Apenas lograré distinguirlos, los sentiré cerca, persiguiendo nada o queriendo escapar de la noche, de la que tendrán el mismo pavor que yo sufro por culpa de ellos. Nunca me asomaré al aire de la noche, porque permanecerán en el jardín rondando o saltarán al techo y lo recorrerán sigilosos y pesados. Entonces, del fondo oscuro de mi casa, que ya no es mi casa; de la negrura de la noche, que es mi única habitación, o de las alcobas secretas del tiempo, vendrá una vaga forma blanca, alguna criatura cubierta con un lienzo, y me invitará a bailar, y bailaremos sin música, y yo querré saber quién está debajo del lienzo: es alguien que no me hablará, que no me ha hablado jamás, como si yo viviese también bajo otro lienzo; una persona que me acompañará quién sabe cuánto tiempo y que al moverse en aquella danza angustiosa despertará un coro de seres invisibles cuyas voces resonarán por toda la casa en sombras, por todo el jardín sin leones ahora, por todos los pasadizos y todas las puertas abiertas a la noche para decirme que bailo con una persona muerta, y que no habré de saber, mientras me quede vida, cómo se llama, quién es.

En el templo

Entran cantando y, dispuestos en dos filas, caminan hacia el altar, rodeando el féretro. El aire se impregna de incienso y estalla la música en el órgano, dulce y torrentosa, como lluvia en el verano. Se elevan los cánticos y el incienso, y en la luz misteriosa de la catedral se mueven las blancas figuras de los sacerdotes, a quienes sigo con dificultad porque se enturbian mis ojos y apenas veo lo que más quisiera ver: la terrible alegría del oficio, la solemnidad del ceremonial, la certidumbre de la victoria, una gloria anticipada del paraíso, mientras contengo las lágrimas, por vergüenza o temor inconfesado, lleno de los estremecimientos y las inquietudes de la vida, más baldía que nunca ahora que los cánticos y la música y la pompa del rito me obligan a transar con lo sobrenatural. Creo haber comprendido y estar en posesión de respuestas, liberado de la sucesión y la zozobra, confortado por los auxilios de la liturgia, rescatado por un ambiente natal, por algo como una melodía de infancia, antigua y renovada. Quiero agradecer, y aunque he olvidado los caminos de la gratitud, igual me parece que con el querer basta. Me siento mísero y muy pequeño, pero desde el hondón de esa miseria

nace el destello de una reconquista, el hilo tenuísimo de un agua de gracia, el placer del regreso, el perfume de una intimidad más vasta que la tierra, que me esperaba purísima y fiel. No sé si esto es un instante; no sé si hace mucho tiempo que estoy en el templo oyendo lo que siempre desearía oír, gozando con una transformación que habrá de decirme una palabra tal vez presentida y ante la que siempre he huido. Hasta que la música se adelgaza, las blancas figuras quedan inmóviles, la bóveda del templo se colma de un aire suspenso y recogido y sólo la voz transparente del órgano me habla de la precariedad de la vida, y la realidad de la muerte vuelve y se aloja ahí, junto al féretro. Ya no sé quién soy, me conozco apenas como alguien que un día habrá de morir, no tengo a nadie al lado, estoy con mis padres, y mi hermana, y algunos amigos, pero ellos son para mí sólo aquellos que también habrán de morir un día, y todos cuantos conmigo están en el templo también morirán, y una congoja y un miedo profundo me enceguecen, y quedo como si ya no recordara nombres, y todos se fuesen alejando, cada uno hacia su muerte, náufragos en quién sabe qué mares, voces apagadas en infinitas desolaciones, islas anegadas por aguas tenebrosas que nos alcanzan, y nos marcan, y nos separan, padre mío, tan cerca y ya tan distante, y el siervo abandonado allí, en la casa de Dios, donde el desamparo es absoluto, donde la soledad es incomprensible, donde el espanto de la muerte ronda en el aire como la música delgadísima del órgano, un suspiro apenas, una vibración de alas invisibles; casa de Dios donde alguien, un condenado también a morir, como yo, me tiende su mano, está viendo tal vez mis lágrimas, o no las ha visto, o las olvida, y me dice, con una voz que no habrá de olvidar: «la paz sea contigo».

La paz

Pero la paz era la siesta en aquel patio junto a la catedral de Florida, aquel rincón de sombra y de quietud, la luz verdosa del agua en la fuente, un agua inmóvil que yo creía insondable, viviendo bajo las anchas hojas de las plantas. La paz era aquella casa fresca y silenciosa, aquella galería con glicinas y macetas, y puertas con vidrios pintados de azul, de amarillo y de verde claro, galería por donde caminaba medroso el niño que fui, mirando absorto las altas paredes de la catedral, oyendo sin entender las campanas que necesito oír otra vez, el reposo de adoración, de vida escondida, abundosa. La paz eran aquellas figuras que estaban en el fondo del patio detrás de los árboles frutales y de la parra sombría, siluetas rebosantes de misterio todavía, seres con los que debí

haber hablado y a los que pude haber querido. La paz era aquel hombre, viejo tal vez, sentado en silencio horas y horas, fumando una pipa, de quien recuerdo su sacón color tabaco y su bigote ya encanecido manchado por la nicotina, y cuya presencia bastaba para impedirme conocer el fondo del jardín, porque le tenía miedo. La paz son estos recuerdos fragmentados, un ambiente, una figura, un ignorar, un esperar las campanadas, una dulzura infinita y una infinita tristeza, como esta música de órgano que suena ahora en la tarde de otoño, soberana, llena de luz azul y follajes amarillos, y aquí, en la catedral desierta, en la que cuento los pasos de mi hijo porque no hay nadie, sólo el altar apagado, y las imágenes pintadas allá arriba, en la ternura de la bóveda, azules y cálidas como la tarde de otoño, como el humo que sube entre los árboles y que ha visto mi padre al levantar los ojos de las viejas fotografías, como el imposible regreso a la casita con los eucaliptos, tan suya y tan perdida ahora. Porque los años pasaron y muchas cosas murieron y sólo perduran allá, en el patio desgastado de mi memoria, entre los árboles siempre verdes, entre el humo que asciende y se mezcla con la música del órgano, música y humo livianos, ayer y hoy confundiéndose, mi vida y la vida de los que quiero diluyéndose, más ligeras que el humo y que la voz de los tubos de bronce levantándose al cielo como plegarias que no supe decir y que, sin embargo, digo. Porque en este aire atravesado por la música puede estar la paz, y revivir el patio y las glicinas muertas, y el siervo de Dios abandonado mirarse de nuevo en las aguas verdosas de la fuente. Porque no es posible que suene en vano el órgano, y que haya alguien que busque en su infancia o en las fotografías sólo para adorar la sequedad del vacío, y que el humo se eleve como señal de que estamos, aquí, en la tierra, perdidos.

La quinta

«Cuando vengas, una tarde, recorreremos la quinta para ver las naranjas—me decía—. No son grandes, pero son muy lindas. Hay muchas y aquí nadie las toca.»

Hablaba despacio y respiraba con dificultad. Un silloncito de madera era su asiento; una manta gris de lana, el abrigo de sus piernas. Había entrado apenas el otoño, pero su cuerpo, enjuto y débil, temblaba de frío. Pensaba en la primavera y en las tardes de sol, que hubiera gustado sentir sobre su piel color de cera y su cabeza encanecida. O tal vez no pensaba en el sol, ni en las tardes, ni en las naranjas de la quinta, de las que hablaba en voz baja, como si yo no estuviese allí. Era una voz distante, y distante era su mirada, cuya luz tenuísima

parecía no verme. Supe después que en algún momento preguntó por mí. Hubiera sido bueno ver las naranjas y la quinta; recorrer los senderitos que nunca recorrí; vagar juntos un rato por aquel espacio arbolado, silencioso y calmo, en el que no pude entrar al fin. Hubiera sido bueno aventar tanta distancia y hablar durante horas. No hablé con él, sin embargo, de lo único que hubiera yo querido hablar todas las tardes, a lo largo y ancho de la quinta. Cayeron las naranjas o se pudrieron en sus ramas, y la quinta se me fue mansamente flotando en un agua aceitosa y sombría, hasta perderse entre recuerdos cobardes. Y él no habló, porque tal vez ya no podía, y yo no hablé ni pregunté, porque temí la evidencia de mi dureza, el tormento de reconocerme, el horror y el consuelo de la confesión. ¿En qué creíamos él y yo?

Tiempo de ceniza

Escribo estas cosas, en las que pregunto, y me pregunto, sólo para saber una vez más que no hay respuesta. Ensayo defensas, busco protecciones y tengo la memoria llena de muertos. Abuelos muertos, raíces de mi vida en sus ataúdes, durante la noche, y después la ausencia, recuerdos esporádicos, agonías que no vi, alientos extinguiéndose y yo lejos, no sé dónde, condenado a esperar mi hora sin saber esperar y sin haber aprendido a defender la más liviana sombra.

En algún lado se halla el último soplo de mi amigo, el estertor y la agonía que no presencié, un hombre joven muerto, cada vez más ajeno de sí mismo, un pasado hecho ya tela gris y resistente, un ayer que no alcanzaré a penetrar, ratos perdidos en las noches de invierno ante una mesa de café, mañanas o tardes de verano hablando de los barcos o del mar, la amistad transcurriendo pareja, conjugada siempre en presente, y de golpe me dicen que se muere, así, fríamente, se muere, y corro a verlo y ya no lo encuentro, es un moribundo, alguien con quien no puedo entenderme y que habrá de llevarse una parte de mi vida y dejarme con una muerte más en la memoria, como cuando se miran viejas fotografías y sube el humo blanquecino entre los árboles, y la cabeza se llena de por qué y de sin sentido, muertes y olvidos, que evoco tercamente por distraer mi tiempo de ceniza, de absurda ceniza enceguecida.

La lluvia y el mar

Cae una lluvia tenue en las primeras horas del año. Tenue y buena. Lava los techos y los árboles, las calles y los faroles. Aplaca la pólvora,

disipa el humo de los cohetes y deja el aire otra vez limpio, por donde vague sin riesgos alguna mirada inocente. Baña la piel de los hombres, y la mía también. Si me esforzase un poco lavaría mi corazón y mis recuerdos. Los dejaría frescos y puros, como plantas en un jardín dichoso. O tal vez los desprendería de mí, como se desprende el polvo de las ventanas cuando ha estado lloviendo toda la tarde.

Toda la tarde o siempre. Porque en el jardín o en la ciudad, sobre el mar o dentro de mis venas, ha llovido en año nuevo. Y en la hora de tu muerte, un primero de enero, también llovió.

Fue lluvia de verano, densa y breve. Después, un cielo pálido, veteado por jirones de nubes. Venías muriendo con mansedumbre de tierra húmeda, devorado quién sabe en qué forma, creyéndote débil, nada más, desvariando, balbuciendo una mejoría tal vez para consolarnos, tal vez para defenderte cortésmente de nuestra compasión. ¿Qué eras en aquel año nuevo, sino despojos, míseros restos, negación de ti mismo? ¿Quién eras allí tendido, horriblemente distinto, humillado por ese sordo morir sin violencia, muerto de muerte oscura en pocas semanas? ¿Cuál fue tu culpa, qué oculto pecado minaba tu corazón? Me niego a creer que hayas muerto de tu propia juventud y, sin embargo, tu juventud deshizo tu cuerpo, quemó tus recuerdos, ajó tu bondad, hundió tus secretos. ¿Por qué has seguido muriendo todo este tiempo?

Mira el mar, inalterable, esperándote. Mira esas ondas dilatándose sin agotarse, meciéndose a sí mismas, perfumadas de sal. Pensando en ellas sería imposible añorar, vestirse de primavera, apetecer, soñar. Casi sería imposible morir. Sólo hay espacio para la desnudez de la vida y sus metamorfosis, música del agua, oro del sol, plumas de gaviotas y alguna embarcación lejos, movida por remos que adoran su propio compás o por velas de curvas femeninas, henchidas de amor y de viento.

Mira aquella blancura en el horizonte, aquel navegar mañoso, el foque tenso, la mayor como el pulmón de un ángel, lleno de fuerza y aire sonoro. Nadie a bordo. Sólo salpicaduras de espuma y la caña del timón deseosa de tu mano. Hiende su proa las aguas, y éstas se abren y borbotean en esmeraldas y alburas. Es tu barco. Mira y acuérdate. Tu barco de casco de nieve, de borda baja, liviano y flexible como junco. Siempre es mediodía en su velamen, lo envuelve una luz inextinguible, va y viene en el único verano. A veces es tan grande que podría cubrir el mar hasta apagarlo. Otras es como un pájaro, echa a volar y cuando se cansa se mete en mi cabeza y anida en ella, y yo lo hago derivar lentamente, aguardándote, y orilla mis recuerdos, surca los canales de mi memoria, otea en islotes sombríos, frondosos de nostalgias, capea temporales, se pierde en océanos que yo no conocía

y vuelve fiel a mis ríos de quietas superficies, a las calmas tropicales de espejos como lagos, y entonces reposa, y tú estás por fin allí, donde la muerte ya no puede borrarte, ni alargar su zarpa la fétida corrupción, ni llover su polvo y sus escombros el olvido.

Así ando desde aquel año nuevo, llevándote con terror, pasando y repasando por la puerta de tu casa. Nada ha quedado igual, sólo el barco, empequeñecido; el mar inquieto, que está cerca nuestro, a una cuadra, y que murmura de noche, buscándonos, y mis piezas de ajedrez, con las que habrás de jugarme el día de tu triunfo, cuando ya no sepamos si voy hacia ti o si eres tú el que viene.

Noche de reyes

Encajonadas, brillan entre altas paredes las primeras estrellas en el jardín de Colón. Es tan puro su cielo que me parece irreal todavía. Irreal la enredadera tupida, verdinegra, cubriendo las paredes; irreales la humedad y los jazmines, con aquel aroma de pesebre y nochebuena que sigue siendo hoy mi sola epifanía; irreales los grillos y su chirriar metálico entre las plantas y las sombras; irreal la misma calma, como de trasmundo, absoluta y virgen, hasta donde jamás llegaban el ajetreo y el polvo callejeros. Calma de noche de reyes en los brazos de mi madre.

Y de pronto sopló un aire manso susurrando en las enredaderas, y por sobre las paredes agitaron sus copas los árboles de la acera, y después otra vez la calma, y del vientre rebosante de la calma nació un silencio cuya hondura persiste hasta doler en la melancolía que ronda el sueño de mis hijos en esta noche de reyes que desconozco, en la que no están los brazos de mi madre, ni sus cuentos, ni los camellos de los magos, lejanísimos, espectrales, inmóviles en un desierto donde las arenas son polvo de muertos, y el sol tiene el manto roído y grisáceo de la muerte, y las horas nocturnas han perdido la calma maternal del jardín de Colón, al cual nunca volveré, extranjero para siempre.

Hermano

En este mismo bar, diez o doce años después, te recuerdo a lo largo de la tarde neblinosa, entre la llovizna densa del tabaco y del aroma de la pizza *puesta al horno. Diez o doce años después ¿de qué? Ahora estás lejos, con tu mujer y tus hijos allá en el norte de nuestro continente desventurado, junto a los Andes, soportando un cielo tan impregnado de lloviznas como el que soporto en este Malvín de calles quietas, en este Montevideo suburbano, sin más historia que la brisa dormida ni*

más nobleza que la inmovilidad. Estás lejos y yo regreso contigo y charlo otra vez aquí, en el bar, o pienso, o te escribo, lo mismo da, algún día habrás de oírme, y yo también habré de oírte, o quizá callemos los dos.

No tengo hermano varón, hermano de sangre. Pero así como hay hermanos de leche, tú lo eres de recuerdos. Cuando murió tu madre se llevó los días dulces de la casa en la calle 21 de septiembre, las noches de alegre insomnio leyendo un poeta, las tardecitas aromadas tocando la guitarra, las confidencias de mis amores pueriles, aquel futuro que ella ya conocía y del cual quería apartarte y apartarme, ahijándonos, como me ahijaba antes de morir, porque su empresa, delicada y heroica, era mantener los buenos años mozos, tuyos y míos, salvarlos de cuanto es ahora esta tarde de llovizna, imágenes borrosas, sordos rencores, desengaño espeso y lento, herida que todos aceptan, incluso tú, incluso yo, y que sangra todavía. Por ella van nuestros hijos, tersas las mejillas, límpidos los ojos, brillantes los cabellos de reflejos diurnos, tentadoras sus bocas de ilusiones y promesas, hasta arribar, cansados, oscuros, marchitos, a las costas brumosas de tedio de aquí y ahora, hasta el bar de Malvín, donde ya no tengo amigos y donde el futuro se ha desvanecido en esta soledad desde la cual me sueño hermano tuyo.

Serranía

Vas y vienes entre tareas menudas, das vueltas sin salir de las cuatro paredes de casa o sales por un rato en las mañanas soleadas y vuelves para la siesta, cansado y añorante; has perdido tu sitio, tu centro desde el cual bloquear los recuerdos y defenderte. Te va quedando el dormir; la quietud; la luz de invierno; la sordera, que también te defiende; la carpeta con las fotos amarillentes; la hora minúscula, que es de veras tuya en medio de todas las horas libres que te acosan; los días sin oficio que te acosan. Vas y vienes, das vueltas, te entretienes apenas con sonrisas estériles, renuncias cotidianas, desapegos crecientes, vacíos invasores, las fotos entonces, cinco, diez minutos allá en el ápice del mediodía, mientras el humo blanquecino huye sobre los árboles y la luz, a través de la vieja ventana, te da su limosna.

Era en la foto la casita con los eucaliptos; era un tiempo que yo también desconocía; era el silencio del campo, el grito del toro lejos, pasando la cañada; era tu madre con maíz en los puños, mientras cloqueaban las gallinas; eran corrales y cojinillos y un aire tan libre que parecía de sueño. Padre mío, que miras las fotos a escondidas, robándole una brizna al tiempo, inocentes residuos de cuanto el tiempo te robó, de cuanto has visto morir y hacerse fijeza en las fotos, porque en ellas hay sólo el engaño de la casita y de los árboles, y no se escucha

el toro, y el silencio es nada, y el puño de tu madre ya no arroja maíz ni cloquean las gallinas sobre aquella tierra barrida por la muerte.

Había otro tiempo, el que no conocí, la juventud de mi padre, las serranías que aún lo enamoran, el reino perdido del cual la foto es apenas umbral, menos que eso, indicio, huella ligera, destello de aurora para que las aves de su memoria rompan a cantar y levanten vuelo orientadas por el instinto del regreso.

Te has ido muy lejos, más atrás de tu juventud, en mitad de las sierras; has correteado por caminitos de piedra; has bebido tu leche recién ordeñada, espumosa y sin malicia, como el rezo de las abuelas; has oído el reclamo de las torcazas en el monte; has estado solo, hondamente solo, sin saber qué cosa era la soledad; has visto correr el agua helada de los arroyos minuanos; has creído de nuevo que no mueren los caballos, siempre el mismo perfil galopando, la misma figura de pelo reluciente y cascos herrados atravesando los años como llanura sin fin; has madrugado para ver tu petizo resoplando bajo la luz naciente, cubierto de rocío; has ido hacia atrás, cada vez más lejos, desviviéndote.

Y vas y vienes entre nosotros, mientras tus nietos corren y juegan, como tú lo hiciste, y dan vueltas por ese esquivo y delicioso paraíso en el que ya no estás, en el que yo tampoco estoy, en el que están ellos apenas un segundo, indefensos, sin fotos ni recuerdos.

El humo

Miro el humo de mi cigarrillo y espero que venga hasta mí todo lo que está aletargado en mí mismo, anclado en un lecho barroso. Recuerdo el humo blanquecino entre los árboles y lo dejo fluir con resignación, mientras fumo solo en la noche. También habrá fumado solo el viejito aquel de los bigotes manchados por la nicotina, allá en el patio de la catedral de Florida. Y el humo de su pipa se fundirá al del incienso en el altar de un día de gloria, y al del horno donde mi abuela seguirá cociendo el pan de la merienda para el atardecer campero. Humo de los muertos, de los recuerdos muertos, de las horas muertas que se asoman a la vida un instante. Humo del cordero asado en año nuevo, en el fondo del baldío con arena y eucaliptos, y que ponía llorosos los ojos de mi abuelo. Humo de la estufa una tarde de invierno en Colón, igual y distinta a otras tantas tardes junto a la ventana que me mostraba la lluvia traspasada por los remolinos del humo, brotando a borbotones de la chimenea.

Ahora ya no hay chimenea; se fueron las estufas; no quedan corderos, ni asadores, ni baldíos arenosos; murió mi abuelo en agonía de furia y dolor durante un crepúsculo de verano; perdió su sabor el pan

de la merienda y se apagó para siempre el horno de mi abuela, y su casita del campo minuano no sé si estará; se enfrió el corazón de la pipa en las manos del viejo que dormitaba sentadito a la sombra de la catedral de Florida, cuyas campanas, rasgando los velos de humo, repican y repican sordas para el mundo y para sí mismas, repican con repiques de infancia y ceremonia fúnebre, repican en oración por todos nosotros evocando nuestra muerte, que llegará de pronto o que tal vez esté—ya—dentro de nosotros esperándonos.

LA CRUZ

Fresco está el aire; la tarde, nublada. A pulso, entre dos filas, llevan el ataúd. Cantan los que encabezan el cortejo, y los que lo cierran, también cantan. Canta la campanica del cementerio, y canta el viento al volar entre las losas blancas. Cantan los sacerdotes, vestidos de negro, y las mujeres y los hombres del vecindario cantan, aquéllas con mantillas negras, éstos trajeados de negro. Yo voy enmudecido, en medio de las gentes, mirando el aire inmóvil. No sé qué fuerzas tienen estos hombres para cantar, mientras los nubarrones, por encima del muro blanco, irrumpen taciturnos.

Tarde sin estación, fuera del año y del tiempo; tarde ya sin tristeza. No hay lugar para la evocación. Al fin se disipa la nostalgia, como niebla fundida con el calor y el trajinar del mediodía. No es posible llorar, ni dudar, ni temer. Los cánticos cesan, los rezos amenguan, los pasos se detienen. Se oye el deslizarse del ataúd, la respiración de los sepultureros, la losa que cierra el sepulcro, y arriba el viento pasa y las nubes concentran la negrura de la tarde. Las gentes se dispersan y desaparecen por los senderitos ordenados. Quedamos un rato más, apretados uno contra el otro, resistiendo y defendiéndonos juntos. Cualquier pensamiento hubiera sido blasfemia; cualquier recuerdo—aun el de los cantos recientes—, profanación y locura.

Nos fuimos callados. Yo oía, a mi lado, los pasos de mi hermana y de mi madre, y detrás los de mi padre, lentos. Regresamos a Montevideo cuando el cielo de plomo se volvía noche. Quería ver a mis hijos; tal vez hubiesen estado jugando solos, sin más compañía que el humo disipándose y renaciendo entre los árboles, como aquella cruz erguida contra la impavidez de los nublados allá en la tarde lóbrega del cementerio de Florida, haciéndose y deshaciéndose aquí, en mi memoria.

ALEJANDRO PATERNAIN

Beyrouth, 1274
MONTEVIDEO (Uruguay)